

do de las ilusiones, para poder ver claro las «series de conocimientos deducidos de principios inconcusos» que se hallan consignados en sus libros, porque nada se ve al través de los crespones diáfanos de la idealidad.

La ciencia tiene la belleza de las grandes *savanas* de América.

No es posible conquistar una flor sino tras largos desvelos y fatigas.

Llegar al *ergo* filosófico, es descubrir los residuos que enseñan ó revelan la existencia del druida en medio de un enmarañado y espeso bosque.

Marchar al misterio de la ciencia al través de los gayados senderos de la juventud, de la vida y del placer, es un heroísmo superior á muchas almas.

Llegar al término, es tocar su propia deificación.

Se necesita para esto cierta predestinación.

Haber nacido para pasar hollando lo aparente á fin de tocar llegando á lo real.

Esto es difícil, verdaderamente asombroso para una imaginación de quince años.

Es cuestión de dejar las flores por correr en pos de la verdad.

Y la verdad vive desnuda, y se retrae:

Sus grutas no están pobladas de encantadoras ninfas como lo estaban las grutas de Calipso.

La verdad es hermosa, pero severa.

«Luego yo no debo estudiar,» infería Máximo.

Y «se infería» ciertamente.

No era precisamente la atmósfera embriagante que rodea á la juventud, la que pudo engendrarle tan invencible aversión al venerable polvo de los volúmenes de la ciencia.

Pero hubiera querido desentrañar mas pronto el átomo de oro que se le habia mandado á buscar allí.

No soñaba con una *hurí* de negros ojos, labios de carmin y

manecitas de lirio, en donde ir á colocar el rocío de oro que extrajera de las flores divinas del trabajo.

Pensaba en otra cosa, y le parecía muy singular que su familia no estuviese de acuerdo con sus pensamientos, que le parecían lo mas lógico y racional que pueda imaginarse.

Quería gastar todas sus fuerzas, emplear todas sus facultades, apurar todos sus elementos naturales, en mejorar la condición de aquella familia y de aquella casa, en la que se veían todos los horrores de la indigencia.

Para esto hubiera bastado que lo hubiesen consagrado á un trabajo que inmediatamente fuese productivo para él y para ellos.

—*Los pobres no debemos estudiar*—se decía á menudo, lleno de amargura.—Los pobres necesitamos trabajar desde que nacemos.

Y se agolpaban las lágrimas á sus ojos.....

Un niño en cuyos ojos se agolpan las lágrimas, es una alborada en cuyo cielo se aglomeran el nublado y la tempestad.

Las lágrimas de un ser que apenas pisa los umbrales del verjel de la vida, son una protesta bien temprana y bien amarga contra la idea de que la vida es un verjel.

No solo los hombres, sino los ángeles mismos debieran descender á enjugar el llanto de los niños.

Las lágrimas de la infancia y las de la beldad, debieran caer sobre el cáliz de las flores mas puras, en forma de rocío.....

Creemos que el *gementes et flentes* del *a Salve*, debe tener lugar desde cierta edad y en ciertas circunstancias.

Hemos visto ángeles llorar como Magdalenas.

Y Magdalenas usurpar risas y placeres dignos solo de los ángeles.....

¡Si al menos las plagas de la vida de este piélago de sufrimientos, estuvieran exentas de esas flores amarillas y envenenadas del sufrimiento!.....

Máximo y Antonio estaban ligados, aunque sin apercibirse de ello, con un lazo igual:

El del sufrimiento, que trae consigo la impotencia y el deseo irrealizable.

Uno pretendia ser ave,

El otro rico.

Se habian encontrado dos imposibles, dos sueños, dos quimeras, y se habian dado la mano cariñosamente.

El uno, medio asfixiado y lleno de algo menos denso que el aire.

El otro, sediento, vacío y atrofiado como un saco.....

Eran ambos ya conocedores de ese *puntillo*, que en cierta edad se expresa con las palabras

¡Ser fuerte!

¡Ser hombre!

Y que no es otra cosa que el sentimiento de la dignidad que empieza su desarrollo en los muchachos.

Deseaban en voz alta, y la mutua relacion de sus deseos, estériles é infecundos, llevaba envuelta la historia de sus sufrimientos.

La dignidad les hacia hablar siempre en un sentido positivo.

De otra suerte, se hubieran hecho terminantes y muy amargas confidencias, y ninguno de los dos tenia el valor y la abnegacion suficientes para ser el primero.

No es lo mismo decir que se desea tal cosa, que quejarse porque falta.

Es magnífico este *quijotismo* entre los muchachos.

Al fin del año escolar, Máximo habia estudiado mucho y habia aprendido muy poco;

Antonio habia pensado mucho y no habia aprendido nada.

En el primer exámen, Máximo obtuvo una calificacion mediana;

Antonio la mereció muy baja.

Aquel se exasperó, y al saber su calificacion, prorumpió en una solemne tirada de apóstrofes, imputaciones y quejas contra lo que él llamaba la injusticia de los sinodales.

Se hizo firmemente el propósito de no seguir adelante en el año próximo, en una ocupacion que tantos disgustos le proporcionaba, sin ofrecerle desde luego provecho ni ventaja de ningun género.

Antonio, despues de oirse calificar tan modestamente, se quedó resignado, murmuró un *está bien* demasiado alarmante para las aspiraciones de sus maestros, y siguió soñando.

Las protestas de Máximo y su resistencia para continuar estudiando en el año inmediato, ocasionaron en la familia verdaderas tempestades.

Nuestro jóven fué amonestado, reprendido enérgicamente á propósito de sus resoluciones.

Se le predijo que moriria en un hospital, y que su porvenir seria *con un mecapal* al hombro, de *cargador de la esquina*:

Que lo harian sentar plaza de soldado;

Que lo pondrian á ganar ocho ó diez pesos al mes en una tienda de abarrotes, &c., &c., &c.

Nuestro Máximo, inmóvil en sus resoluciones, expresó bien su intento de aceptarlo todo, menos estudiar.

Hubiera cambiado su latin por la ínfima gratificacion de un meritorio de oficina.

Todo estaba *en griego* para él, menos el dinero.

Dejó pasar todo el periodo de matrículas en el año siguiente, sin ir á inscribirse para continuar el curso.

Se matriculó, por fin, en el último dia útil; pero empezó á faltar á las clases.

Se le empezó, en consecuencia, á reprender y á imponer castigos.

Entonces sus faltas á la *cátedra* se multiplicaron.

Un día fué seguido á lo lejos por una de las personas de su familia.

Le vió entrar en la escribanía de un notario.

Allí pasó una, dos, tres horas.

Al día siguiente fueron de nuevo á aquella escribanía, y en ella encontraron al jóven sentado trabajando.

Del consiguiente informe resultó que Máximo estaba empleado allí hacia muchos meses.

Trabajaba de un modo asídúo y empeñoso.

Se le había asignado un sueldo mensual de veinticinco ó treinta duros.

Máximo realizaba sus sueños:

Ganaba dinero;

Trabajaba, y su trabajo le era inmediatamente productivo.

Pero ¿qué hacia aquel muchacho con las cantidades que estaba adquiriendo?

La familia entró en sérios temores.

Se alarmó en extremo.

Era cuestion de decretar una pena extraordinaria á aquel demonio que había ido á meterse de escribiente en lugar de sabio.

Una *zurra*, una privacion prolongada,

Una pena, en fin, que no careciese de crueldad, por aquello del escarmiento.

La deliberacion fué prolongada, y *acalorado* el debate entre la familia.

Todos estaban de acuerdo en estos puntos:

Primero, que Máximo era un pícaro;

Segundo, ¿qué tenia que hacerse con él para castigar el pasado y prevenir el porvenir, haciendo volver al tráfuga al buen camino?

Tercero. Qué pena se le aplicaria y qué medios debían emplearse para obrar con la debida eficacia.

Sin duda aquel muchacho se estaba pervirtiendo.

Acaso estaba ya enteramente perdido.

Nada mas natural que suponerlo así.

Sin duda alguna. Supuesto que se había descubierto que adquiria dinero, sin saberse en qué le invertia.

Esto era grave, gravísimo.

Era preciso *llamar á cuentas* á aquel pequeño bribon.

El día en que quedó resuelto este *súrgite mortui*, nuestro jóven, tranquilo, satisfecho, llegó á su casa como á las cinco de la tarde.

Llevaba su Nebrija debajo del brazo.

La tormenta le llegó, sorprendiéndole desprevenido.

Toda la familia le llamó *aparte*.

¡Cosa singular!

Le dirigieron la palabra en un alarmantísimo *usted*.

Le rodearon con un misterio y una solemnidad que helaron la sangre en las venas del delincuente.

—¿Qué estudia vd., caballero?—le preguntó su padre con un tono que hizo comprender á Máximo que se hallaba perfectamente sorprendido y descubierto.

—*Mayores*—contestó, reprimiendo el susto y procurando aparentar cierta atrevida naturalidad.

—¿*Mayores*?—continuó el padre, devorando al hijo con el fuego de las miradas.

—Sí, señor, «mayores»—volvió á contestar el jóven con una notable intrepidez.

—Pero yo no soy para la carrera de los estudios—añadió, desconcertándose completamente bajo la terrible mirada de su padre.

El interrogatorio fué corto, pero supremo.

Máximo escuchó en silencio y aterrado los formidables cargos que pesaban sobre él.

Todo era innegable.

Nuestro joven guardó silencio.

Se le había sorprendido en flagrante delito de desercion de las aulas;

En el imperdonable de abandono de los estudios;

En el muy grave de ser llanamente el escribiente de un escribano.

Se le hizo cargo de hacer varios meses que adquiria mensualmente ciertas cantidades cuya inversion no se sabia, pues era misteriosa y probablemente criminal;

De que estaba próximo el nuevo período de los exámenes, y seguramente *perderia el año*, como una consecuencia necesaria de aquella *infame* conducta;

Y por último, que se había atrevido al mas miserable engaño, siendo gravoso á su familia, que lo creia *formándose*, y se sacrificaba para que nada le faltase; y.....

Al oír Máximo las últimas palabras, rojo de indignacion corrió á su cuarto, abrió su baúl y extrajo de él un puñado de monedas de plata y oro que dejó caer á los piés de su padre, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Yo no soy para los estudios! ¡yo no soy para los estudios!!!.....

Y se lanzó á la calle corriendo.

—Vete y no vuelvas nunca—le gritó su padre.

Desde entonces Máximo no volvió á su casa, ni al colegio, y vivió como pudo.

Esto quiere decir que no sucumbió ni al hambre ni al abandono.

Los dos muchachos siguieron siendo amigos.

Máximo se deslizaba cada noche hasta el dormitorio de An-

tonio, y allí seguian sus extrañas confidencias, sus revelaciones de vida íntima, y ambos continuaban levantando el plano de su existencia futura.

Todas eran virtualidades y deseos.

Todos proyectos.

Antonio salia los domingos del colegio, y hallaba un singular encanto en ir á pasar largas horas de su dia en el miserable tabuco de su amigo.

Era una bohardilla á la que se subia por medio de noventa y seis escalones, y en la cual no habia mas muebles que un lecho, una mesa y dos sillas.

En la pared estaban pegadas dos estampas perfectamente mal iluminadas, y de un dibujo y carácter tal, que bien pudieran pasar por la caricatura del asunto que representaban.

Una de ellas era la Esmeralda de Víctor Hugo, dando de beber á Cuasimodo en la picota.

La otra indicaba el solemne momento en que Fœbus de Chateaupers acaricia con enajenacion á la joven, mientras que el clérigo celoso apareciendo por la ventana, tiene levantada la mano y va á descargar el golpe mortal.

Encima de la puerta del tabuco se ven cruzadas dos pequeñas escopetas de dos tiros, formando una especie de panoplia con dos floretes, el polvorin y la bolsa de la municion.

En la cabecera de la cama, colocada en un *passe-par-tout*, se ve una fotografia.

El retrato de una mujer seductora.

Aquella fotografia no era ni una curiosidad ni un capricho de aficionado.

Era un recuerdo mas tierno. La imágen de la mujer á quien Máximo habia empezado á amar con todo el fuego de su corazon y con todas las ilusiones de su juventud.

Aquella mujer, ó mejor dicho, aquella fotografia, pudo ha-

ber arrojado una sombra en el cielo sin mancha de la amistad de los dos jóvenes.

Pudo la fotografía por un lado y la curiosidad de Antonio por el otro, haber ocasionado un serio disgusto, acaso una ruptura.

Un domingo penetró nuestro joven en el cuarto de Máximo.

Aquel día iban á salir á alguna de las *inmediaciones* con las escopetas.

Se habian citado para salir á cazar.

No estaba Máximo en el aposento, y Antonio fué á sentarse en la cama para esperar.

Le llamó particularmente la atención aquella tarjeta que no habia visto nunca.

Se acercó para mirarla mejor, y quedó maravillado del singular atractivo y belleza de la mujer retratada.

Era una muchacha envuelta á medias en un traje vaporoso y trasparente: el cabello estaba recogido en un tocado elegante y gracioso, y el seno y los brazos, de una morvidez mitológica, estaban descubiertos.

No sé qué chispa de electricidad sensual saltaba de las pupilas de Antonio, al mismo tiempo que Máximo entró sorprendiendo á nuestro joven en su muda pero estusiasta expectación.

Antonio no volvió la cabeza á la entrada de Máximo, sino que prosiguió contemplando el retrato con éxtasis, con arrobamiento.

Máximo se enrojeció hasta lo *blanco de los ojos*, como suele decirse.

—Deja, deja eso, es mi prima Isabel—murmuró desconcertado.

—¡Tienes una prima adorable!—¿La enamoras?

—¡Qué!..... Va á casarse dentro de poco tiempo con un individuo muy rico de Guanajuato.

—¡Oh! es lástima por cierto..... es una muchacha deliciosa, añadió Antonio arrojando un profundo suspiro.

—Sí, en efecto: es bonita Isabel. Yo la he tratado desde que ambos éramos muy niños. Siempre nos hemos *querido*... pero ya dentro de pronto se va.

Y Máximo, al pronunciar las últimas palabras, tornó á desconcertarse de nuevo.

Antonio comprendió que su amigo mentía, que lo engañaba, defraudándole una confianza, callándole una historia de amores.

Nuestro joven se entristeció, pero no dijo nada á su amigo.

Descolgaron las escopetas y demás aperos de caza, y se prepararon para salir.

Pero antes tuvo Máximo cuidado de descolgar de la cabecera aquel retrato, envolviéndole en un papel, con sumo cuidado, y metiéndole en el bolsillo.

—¿Por qué quitas eso de ahí?—le preguntó Antonio.

—Por nada, por nada—respondió Máximo encendiéndose de nuevo;—no seas tan curioso. Ya te hablaré de esa muchacha..... Ya te lo contaré todo mas tarde

—¡*Todo!*..... ¿*Todo* qué?.....

—Vámonos, Antonio, vámonos: ya es tarde, muy tarde.

Y ambos salieron precipitadamente del aposento.

Antonio triste, soñador y vagaroso como siempre.

Máximo preocupado hasta un grado indescriptible.

—*Este* tiene *algo*—pensaba el primero.

—*Este* sospecha *algo*—pensaba el otro.